

El Dakar se va a Arabia

Carlos LARRÍNAGA

Historiador

Ya es una noticia confirmada. Una de las pruebas del deporte del motor más atractivas y competitivas del mundo se celebrará a partir del año que viene en Arabia. Así lo han asegurado los responsables, irresponsables según mi opinión, de la famosa competición. La mítica París-Dakar, que atravesaba buena parte del desierto del Sáhara, optó por mudarse en 2009 a Sudamérica por motivos de seguridad. Los posibles atentados yihadistas en esa región del noroeste de África terminaron por arruinarla y privarnos de aquellas imágenes espectaculares en las playas de la capital senegalesa. Ahora no han sido los ataques los que han forzado su marcha del continente americano, sino, según nos dicen, los síntomas de agotamiento del proyecto, razón por la cual había que buscar un nuevo emplazamiento. Y no han encontrado un lugar mejor que las arenas saudíes. Es posible que, visualmente, nos recuerden enormemente al Sáhara, pero en absoluto comparto esta decisión, habida cuenta de lo que representa ese país. Seguramente habrá desembolsado ingentes sumas de dólares para que el traslado del Dakar se haga efectivo.

Lo estamos viendo en los últimos años. Las monarquías de la península arábiga están acogiendo y patrocinando grandes eventos deportivos con el objetivo de lavar su imagen. Qatar es un buen ejemplo de ello. Tiene ya en su haber un gran premio de motociclismo, disputándose las carreras de noche por el calor e importándoles un bledo el alto coste económico y ambiental que esto supone. Entre tanto, ha logrado organizar el mundial de fútbol de 2022, pese a las altísimas temperaturas en verano y la resistencia de unos cuantos clubes. Como no podía ser de otra manera, hoy sabemos que muchos de los que tenían derecho a voto fueron comprados. Finalmente, en la liga francesa, las inversiones qataríes en el París Saint-Germain son muy conocidas. Pues bien, con esta mudanza del Dakar ahora le toca el turno a Arabia, que precisamente en 2017 inició una campaña de boicot contra Qatar al acusarle de instigador del terrorismo en Oriente Próximo, cuando, en realidad, buscaba distraer la atención y castigar al pequeño emirato por su acercamiento a Irán.

Mas no nos engañemos. Estos movimientos no responden realmente a un repentino asalto de espíritu deportivo en los dirigentes de estos estados, sino a motivaciones no tan confesables. Las indagaciones apuntan a que buena cantidad del dinero que viene financiando a los grupos terroristas más extremistas del planeta han encontrado apoyo en ellos. Para decirlo claramente, me estoy refiriendo a al-Qaeda y al Estado Islámico, por ejemplo. Las investigaciones van en esta dirección, a pesar de las diatribas de Israel o Estados Unidos contra Irán, acusándole de ser el gran promotor del terrorismo internacional. No se pueden negar las conexiones entre Teherán y Hezbolá, por supuesto, pero el Partido de Dios es, a su vez, una formación legal y con gran influencia en la política libanesa. Cosa que no ocurre ni con la vieja al-Qaeda, fundada por Osama bin Laden, ni con el EI, bandas terroristas que se nutren ideológicamente de ese Islam rigorista patrocinado por Riad. En este sentido, no debemos olvidar que es la metrópoli árabe la que está sosteniendo económicamente la construcción y funcionamiento de numerosas mezquitas en medio mundo, expandiendo la vertiente radical del Islam, el wahabismo. De ahí que me resulte una desfachatez que ahora quieran llevar el Dakar a Arabia.

La casa de Saúd representa lo contrario a los valores del deporte: igualdad, libertad, solidaridad, ayuda, honradez, etc. Estamos hablando de una de las tiranías más crueles que existen, en la que se aplican castigos inhumanos y la pena de muerte. De una auténtica monarquía absoluta de corte teocrático, donde las élites acaparan el poder y donde no existe un verdadero reconocimiento de los derechos de los individuos. En especial, de las mujeres, que viven en una situación de sometimiento incomprensible en el siglo XXI. En efecto, esta ausencia de derechos y libertades fue denunciada en sus artículos por el periodista Jamal Khashoggi desde las páginas del Washington Post y por eso ordenaron matarlo en el consulado de Arabia en Estambul. Acorde con las averiguaciones de la CIA, debió ser el propio príncipe heredero, Mohamed Bin Salman, quien ordenó el crimen. El mismo que ha tomado algunas medidas para modernizar Arabia, aunque se

trate de mera cosmética. Hombre fuerte por la delicada situación de su padre, nada se escapa a su control, así que posiblemente haya untado a los coordinadores del Dakar para hacerlo allí y de esta manera lograr una oportuna campaña de propaganda a su favor. No tengo pruebas de ello y es sólo una hipótesis, pero, sabiendo cómo se las gastan estos dictadores, no me extrañaría en absoluto.

En cualquier caso, el problema es nuevamente el silencio. No parece alzarse la voz ante esta descabellada idea, dándola por buena por mor del deporte y del Dakar, obviando la trastienda política que hay detrás de ello. Eludiendo, además, que, aparte de su connivencia ya mencionada con el terrorismo sunita, Arabia lidera en estos momentos una coalición internacional que está bombardeando despiadadamente Yemen y que ha provocado una de las mayores catástrofes humanitarias de los últimos años. Pero eso no debe importarle a nadie y menos aún a quienes están al frente del negocio del Dakar, que lo único que buscan son los oropeles del éxito, sin importarles la clase de escenario escogido y menos aún las gentes que en él habitan. ¡Todo por el deporte! ¡Viva el Dakar!

21 de abril de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 28 de abril de 2019, p. 27